

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.

Madrid, 20 de Mayo de 1894.

Núm. 47.

TIPOS POPULARES DE MUJERES ESPAÑOLAS



PASTORA DE LEÓN

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE M. POY

ACTUALIDADES



1. fin y al cabo, Isidros.

Tantos como vinieron á Madrid, engañados por el hermoso tiempo que hacía, los mismos que, si no se han marchado ya, tendrán que tomar el tren para su pueblo, después de habérsela jugado á su placer el Santo.

Apenas llegaron empezó á llover, y esta sola causa ha producido efectos sorprendentes. Sinnúmero de pitos se han quedado sin tocar, innumerables rosquillas sin producir indigestiones, la mayoría de los *simons* sin timar á los forasteros, los garbanzos enyesados recobraron su primitivo color, y el Santo con una mano menos para otro año.

Lo que decía uno, despidiéndose de su parienta:

—Lo que es, para esto, más me valiera no haber *vinio*, porque total *pa* verte tan *güena* como estabas el año *pasao*, y no haber podido ir á la pradera..... si lo sé no vengo.

¡El amor á la familia!



Lo mejor de todo es cuando llegan de regreso al pueblo, aparte de los apretones de costumbre, hijos del cariño y del placer de volverse á ver las personas queridas, celebrados con el más absoluto silencio, y olvidándose de preguntar por la salud del recién llegado, lo primero que les dicen es:

—¿Qué me traes?

—Pues mira, ha llovido— contesta—y no he salido de casa de la tía Aspiazos.

—¿Y qué tal está la tía Aspiazos?

—*Manificamente*; tiene una casa de huéspedes muy lujosa.

—¿Y Madrid?

—Mal, muy mal; allí hasta la persona más insignificante se mete con uno. Si fumas en el tranvía, te echan; antes de subir tienes que contar las personas que van, porque si entras sin conocer el número, te echan también; en fin, muy mal.

—¿Y has visto á Sagasta?

—¡Cualquiera le ve!

—Desde que se rompió eso que llaman el peroné, creo que no da un paso bueno, y que anda tan mal, que todo el mundo se metió con él.

—¡Pobre hombre!

—No tiene otro remedio que dar malos pasos, y esperan á que dé el último, que, según he oído, se efectuará en breve.



Los barrios bajos; así se titula el libro que acaba de publicar nuestro distinguido amigo J. López Silva.

Todas las personas que se encuentren de mal humor, disgustadas, ó que hace mucho tiempo no se rien de verdad, y tienen tres pesetas, que compren este libro, y yo les aseguro que por este consejo, me darán las gracias.

Y que no sean morosos, porque ediciones de libros como éste, pronto se terminan.

RAP-SAG.

LA ÚLTIMA NOTA

I.

Por el camino del Aljarafe,
del Aljarafe llega un corcel,
negro y brillante como las alas,
como las alas de Lucifer.

Sobre sus lomos gentil avanza,
gentil avanza neto andaluz,
vistiendo traje de terciopelo,
de terciopelo rojo y azul.

Sobre la silla lleva una manta,
lleva una manta con flecos mil,
y al arzón fija, limpia escopeta,
limpia escopeta se ve lucir.

Sobre Triana va presuroso,
va presuroso, pues allí está,
la niña hermosa, la que él jurara,
la que él jurara por siempre amar.

Por eso rasga de su caballo,
de su caballo la negra piel,
para que pronto le lleve á donde,
le lleve á donde la pueda ver.

II.

Tras calada celosía
de moruna tracería,
echada en el alfeizar,
impaciente ve llegar
las horas del nuevo día

Hermosísima gitana
asomada á una ventana
orlada de mil labores,
que se destaca entre flores
en un jardín de Triana.

De una guitarra el tañido
llega al arabesco nido
donde se oculta la hermosa,
y de una copla amorosa
oyese el tono sentido.



(Ilustración de D. Salvador Clemente.)

«Como soy contrabandista
de noche te vengo á ver,
¡mira tú si serán negras
las horas de mi querer!»

.....
Siéntese el leve rumor
de las alas del Amor,
que en el jardín está preso.....,
y suena el crujir de un beso
del alba al primer albor.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA.



Este cartel una tarde
 recibió don Pedro Vélez
 y, aunque lo mira y remira,
 quién lo escribe no comprende:
 «Á doña Elvira de Antúnez,
 »hija de ilustre progeaie
 »y que además por sí sola
 »honra y respeto merece,
 »porque en ella el pensamiento
 »pusisteis inútilmente,
 »calumniásteis por vengaros,
 »villano, de sus desdenes.
 »Pensáis que indefensa vive
 »porque sólo madre tiene
 »y un hermano que por ella
 »alza en el claustro sus preces.
 »Pero os habéis engañado,
 »que aun hay quien por ella vele
 »y quien en el Prado hoy mismo
 »á la oración os espere.»
 Cartel es de desafío,
 que él de esas cosas entiende;
 pero el galán no imagina
 quién escribirselo puede.
 Mas como es cuestión de honra
 y él fué caballero siempre,
 aunque de lengua algo larga
 para hablar de las mujeres,
 solo, pues solo le citan,
 marcha apresuradamente
 al Prado de San Jerónimo
 antes que la oración suene.
 Estaba el sitio desierto

por ser noche de Diciembre,
 y entre las nubes la luna
 sacaba su rostro á veces.
 Y dentro del monasterio,
 con voz pausada y solemne,
 á aquellas horas cantaban
 los monjes el *Miserere*.
 En la torre la campana
 dió la oración lentamente
 y fué su són á lo lejos
 con el cántico á perderse.
 Al sonar la última nota,
 un portón que el claustro tiene
 que da cara al Buen Retiro,
 se abrió sigilosamente.
 Surgió del hueco una sombra,
 que el que por allí estuviese
 descuidado tomaria
 quizá por fantasma ó duende.
 Un amplio sayal la cubre
 que azotándola se mueve,
 y capucha que hincha el viento
 cual si arrancarla quisiese.
 Á largos pasos avanza,
 deja el otro que se acerque
 y al decir «¿quién va?» el que espera,
 «¿quién es?» replica el que viene.
 Y cuando el galán y el monje
 se encontraron frente á frente,
 aun se alzaban desde el coro
 las notas del *Miserere*.
 —Pues en tal sitio os encuentro,
 seréis vos don Pedro Vélez,

el que á mi hermana indefensa
calumnió villanamente.

—¿Vos su hermano?

—El mismo.

—¡Un monje!

—Si tal, un monje que siente
que bajo tosca cogulla
su noble sangre, que aun hierve,
le dice que es caballero
y le grita que se vengue.

—¡Reñir quiere quien empuña
el hisopo solamente!

—Y que de blandir la espada
es muy fácil que aun se acuerde.—

Y sacando una tizona
del hábito entre los pliegues

—¡En guardia!— le dice al otro
que se apresta á defenderse.

Vense brillar los aceros
de la luna al fulgor tenue,
y monje y galán con furia
á estocadas se acometen.

De pronto exclama don Pedro:

—¡Muerto soy; cielos, valedme!

y cae al suelo de bruces
como cae un cuerpo inerte.
Arroja el monje la espada;
sobre él los brazos extiende,
y la absolución le otorga
murmurando algunas preces....
Y poco después tornaba
al convento lentamente
á entonar con sus hermanos
en el coro el *Miserere*.

José ESTREMERÁ.



UN ARTÍCULO DEL SEÑOR HERMANN (1)

Procurando dar siempre á nuestra revista la mayor actualidad posible, é invitado por nosotros, el Sr. Hermann, reputada celebridad en el mundo entero, como hipnotizador y adivinador del pensamiento humano, nos escribe la siguiente carta:

Sr. Director de LA GRAN VÍA.

MUY SEÑOR MÍO DE MI DISTINGUIDA CONSIDERACIÓN: Contestando á su atenta carta, invitándome á escribir un artículo para esa Revista sobre experimentos de hipnotización y adivinación del pensamiento humano, tengo mucho gusto en manifestarle que, sin prefijarle tiempo, á causa de mis muchas ocupaciones, accedo á su petición, quedando en remitirle á la mayor brevedad el citado artículo.

Suyo afectísimo seguro servidor, q. b. s. m.,

JOSÉ HERMANN.

(1) Es casi seguro que este artículo se publique en el próximo número.

FERIA DE CORDOBA



Tipo de feria



Vista general.



En la plaza.



En la tienda del Circolo.



El mora de siempre



La buñolera.



En el mercado.



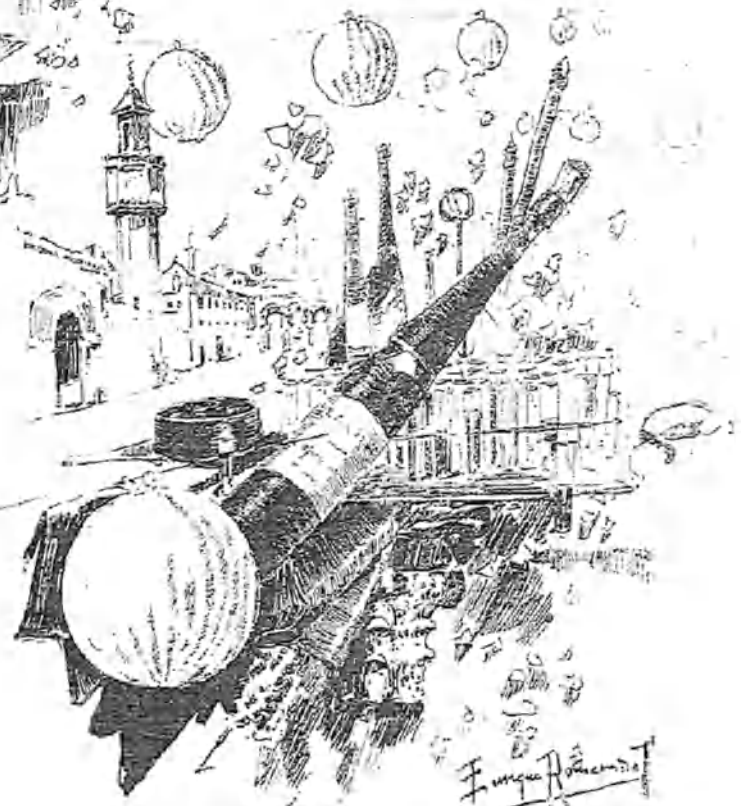
El chabín.



En el corral.



Tipo candela



El Montilla.

Fuente Román

FORASTEROS CALAVERAS



pia! No le gustaban los refrescos ni el café solo; lo más que tomaba era una chuleta ó un *hisi* con patatas, ó una ración de callos.

Una tarde, en las Ventas, nos comimos entre ella y yo cuatro pesetas de escaheche de besugo con aceitunas, y una lata de melocotón muy rico, y un puñado de pasas que meía miedo.

—Sabe Dios lo que habrás hecho tú en Madrid, grandísimo pilla— suele decir el boticario del pueblo, que es hombre de mundo y estudió toda su carrera en la corte.

El calavera local se sonríe como diciendo:

—No se ha perdido el viaje, no, señor.

—Hombre—continúa el boticario,—¿has conocido, por casualidad, á una chica llamada Nicanora, que tenía un tío algo cojo, y estaba haciendo de dentista interinamente?

Ya están aquí los romeros de todos los años, que vienen á visitar al acreditado San Isidro.

Entre los recién llegados figuran algunos calaveras de provincias, ávidos de placeres y dispuestos á precipitarse en el océano del mundo. En cuanto pusieron el pie en la estación, preguntaban á los mozos:

—¿Por dónde se va á Apolo? ¿Sabe usted dónde habrá una cantadora de fiamenco que sea muy descarada? ¿Se puede entrar en Fornos sin papeleta?

Madrid ofrece grandes encantos al joven calavera de provincia, y por eso acuden á visitarle muchos jóvenes de temperamento volcánico, á fin de poder decir cuando regresan á su pueblo:

—¡Oh Madrid! ¡Qué gran población! ¡Vaya unas *juerguecitas* las que hemos corrido!

—¿Has visto á Castelar?—pregunta algún entusiasta del famoso orador, que no ha salido nunca de sus lares.

—¡Ya lo creo! Y también á Cánovas, á Becerra y á Mesejo. Allí se codea uno con lo mejor de España. Una noche estuve en la Taurina bebiendo copas con dos caballeros, un puntillero y tres diputados provinciales. Casi todas las tardes tomaba café con uno que es paisano de Aguilera, y le habla de tu á D. Cándido Lara.

—¿Y las mujeres, qué tal?

—¡Oh! ¡Lo que es eso!... Tuve una novia preciosa.

—¿Alguna Condesa?

—No; ella, como ser, no era más que planchadora con brillo; pero ¡vaya una mujer decente! ¡Y lim-



—No, señor.

—No tiene nada de particular, porque ella salía poco, y además puede que ya se haya matado.

—¡Caramba!

—Sí, hombre; porque.... (¡que no se entere el mancebo!) con esa chica tuve yo relaciones.... ejem.... ejem.... En fin, cosas de la juventud. ¡Ay! ¡Qué Madrid aquél! ¡Cuánto he gozado yo en aquel puente de Vallecas!

—¡Ah, tunante!

—Baja la voz, que puede oírte el mancebo.... Pues la conocí una tarde, estando yo comiendo altramuces con un amigo en la Cuesta de Areneros. Nos íbamos allí muchas tardes á merendar, y pasó ella con el tío, que era muy abrutado, y los fuimos siguiendo hasta que me citó ella en el café de la Universidad.... En fin, chico, cosas de la vida.... Luego, ella se quiso tirar por una ventana, y después se bebió dos reales de bencina para matarse, porque yo, como era tan calavera, la dejé.

Al boticario se le encandilaban los ojos, recordando sus fechorías de estudiante, y el mancebo, que ha oído algo, suspende la tarea y estira el cuello para enterarse mejor.



—Ceferino—grita el farmacéutico,—sigue machacando, que van á venir por esos polvos. ¿Qué te importa lo que hablamos aquí?

Enrojece la faz del muchacho y baja la cabeza con pesadumbre, mientras el joven que regresa de Madrid refiere sus aventuras, asegurando que no ha perdido el tiempo, y que una de las cosas que más le han gustado ha sido el sorbete de fresa, que tomó una noche en el café de San Isidro.

No hay que fiarse, empero, de estos chicos atolondrados de provincia que van refiriendo heroicidades á su país.

Yo les veo estas noches parados delante de los escaparates con la faz demudada por el aburrimiento, el labio caído y los ojos tristes. Están esperando que suenen las once para retirarse á la fonda, y allí, á solas con su conciencia y su bolsillo, piensan en los gastos del viaje y en lo mucho que se aburre en Madrid un forastero cuando no tiene amigos, ni novia, ni timador que le seduzca.

¡Dos pesetas! —murmuran de vuelta en la fonda, sentados en la cama.— ¡Dos pesetas! ¿En qué me he gastado yo dos pesetas desde anoche? A ver: un vaso de limón, real y medio; un billete para el Circo, dos; un cubrecorsé para la señora



del médico, cinco. ¡Cómo se va el dinero en este Madrid! Si lo llevo á saber, cualquier día me vengo.

LUIS TABOADA.

La Feria de Córdoba

Tomando en Madrid el tren de Andalucía el día 24 de Mayo, vemos que el tren se detiene para ver la felicidad que se enseorea de la tierra al llegar á Córdoba, la Medina de los árabes españoles, por cuyos arrabales, en las noches sin luna, vagan todavía sombras de sultanas infieles y de islamitas príncipes vengadores.

Después de atravesar, á partir de la estación, unos jardines extensos y bellísimos, injustamente abandonados por los elegantes en las noches del estío, llegamos al *Real de la Feria*, que es una feria positivamente real, donde se dan cita las cuatro cosas que el Profeta puso en el mundo para alegría del hombre: *los perfumes, las flores, las mujeres*, que recuerdan el espíritu de la arquitectura mudéjar, *una castidad de Marías* y adivinados ofrecimientos de mortales caricias del Oriente, y, por último, *los caballos de la tierra*, que mueven los brazos con la elegancia de los actores distinguidos, y llevan collas y crines opulentas, como las tabelleras de los reyes bárbaros.

Un paseo central de caballos y carruajes, donde se lucen algunas damas arrogantes como las amazonas legendarias y muchas cordubesas, otras tantas Venus, que prestan á los lundos apariciones de clásicas carrozas; dos paseos laterales, por donde discurre la multitud bajo amplios arcos dobles, que de noche se incendian con esplendores de luces; al pie de la iluminación y paralelamente, los mercaderes en las tiendas, que se abren en arcos de herradura, como las hojas de las palmeras asiáticas, por lo cual parece que hablan á los dueños con el balbuceo de las líneas y el silogismo de la armonía de los conjuntos, en demanda de que vistan el traje casi: talar de la raza semita; á la derecha, siguiendo, cuadrás privilegiadas, cuyos poros relinchan bríosamente con timbre metálico, y muestran bajo el anca la señal candente de los mejores hierros; á la salida de los toros, los anchos sombreros cordobeses, que dan sombras al rostro como el turbante morisco, y de hilos de luz urdidos por arañas la mantilla sutil, nimbo celestial en los negros rizos de la mujer española, siempre hermosa, relampagueante en Andalucía con los esplendores de la gracia, *quid divinum* más bello que la belleza misma; *la Tienda del Círculo*, sin más denominación usualmente, en que la sociedad distinguida baila hasta las arboleras de la aurora, que manifiesta la palidez de la virgen por las emociones del amoroso diálogo; á la puerta de un barracón un payaso, con tiones y pintura grotesca, que lleva un sol de cara bondadosa en cada pernil de sus calzónes anchos; dos mujeres vestidas de bailarinas, que llevan con paciencia las satiras que se hunden en sus pobres y desgraciadas formas; los niños que entran ó lloran para entrar al teatro, cuyas excelencias se enumeran á gritos y al son de bombo y campana; el hebreo que pregona bebuchas, cocos y dátiles, contento con sus ganancias, sin acordarse del Mesías prometido, que no llega; y el extenso *rancho*, sitio de la ganadería, entre la que van y vienen, y gritan y venden y compran, más graciosos que todos nuestros festivos escritores, los chipreantes gitanos, *el yns rucés*, si tropiezan, tropiezan de *presuntos*.... Estas son las figuras típicas de la Feria de Córdoba, que tiene por lontananzas la ciudad á la falda del monte, el camposanto á la orilla del río, y las ermitas, por Grillo *resacar* maravillosamente, junto al cielo.

Los dibujantes expertos que hacen inteligible este artículo, y yo, por este año, quizá sentiremos nostalgias de la patria chipriota. Si se realizan mis temores, sean las elegancias del dibujo y las entusiastas torpezas de la narración letanía ferviente que á los encantos de Córdoba rezamos.

Granada, Córdoba y Sevilla, la Mezquita, la Giralda y la Alhambra, son las magas únicas que entregan al español algunas libras esterlinas de los poderosos de la tierra. Por esas magas dicen el europeo y el rico de más allá de los mares, formando coro conmigo y parodiando la sentencia clásica: «hombre soy y á Andalucía me dirijo, para que no se diga que la tierra que entusiasmó á Lord Byron es enteramente extraña á mí...»

Pronto llega el 24 de Mayo. ¡Felix viaje!!

ANTONIO F. DE MOLINA,

EL CHATO Y LAS CHATAS

UN JUICIO Á PUERTA CERRADA



A recuerdan ustedes la profunda impresión que produjo el crimen cometido en El Escorial, una impresión de espanto, de horror y de indignación. La víctima era un inocente niño de tres años, sometido durante más de veinte días á las más crueles torturas, y asesinado bárbaramente, al fin, cuando sus verdugos se cansaron de martirizarle.

Todo el mundo deseaba y pedía el castigo de los infames criminales, un castigo proporcionado á su crimen, bien que por muy duro que fuera, aun sería leve castigo para monstruosidad semejante.

El juicio, dada la naturaleza del crimen, había de celebrarse á puerta cerrada, porque el público no sufriera la horrible impresión de espanto que habría de producirle la presencia del *Chato* y de las *Chatas*, y los detalles repugnantes que necesariamente había de exponer el representante de la Ley á la consideración de los jurados....

Pero yo no sé qué juicio á puerta cerrada ha sido ese; puesto que los periódicos de noticias han enviado á El Escorial sus *reporters*, y éstos, día por día, han dado cuenta de las sesiones con todos los pormenores, ni más ni menos que si el juicio hubiera sido á puerta abierta.

Por los periódicos hemos sabido todo lo que han dicho el *Chato*, su excelente cuñado *Crisanto*, buen punto, y las interesantes hermanas de aquel joven, *chatas* también como él, y por todos conceptos personitas muy recomendables.

Es lástima que se haya acabado ya el juicio á puerta cerrada, porque, en verdad, ha sido cosa divertida y sorprendente.

Las observaciones de las *Chatas*, los accidentes epilépticos del *Chato*, la natural escama del señor *Crisanto*, y los elogios que hacían de estos sujetos los defensores de tan distinguida familiota, constituían una novela ó comedia amena y entretenida, disponiendo el ánimo del lector á la benevolencia y al buen humor.

Solamente alguno demasiado sentimental se acordaría con dolor profundo del niño *Pedrin*, el angelito de Dios, caído en poder de aquellas bestias, más bestias y más feroces que chacales hambrientos. Pero no estamos en tiempos de sensibilidades; el niño murió estrangulado, y ya no tiene remedio. Y siendo tan horrendo martirio la estrangulación, no era cosa de aplicarla también á los estranguladores.

Esto era lo que sentía el *Chato* y lo que preocupaba al excelente *D. Crisanto*, su digno cuñado, y traía inquietas y desasosegadas á las grandísimas *Chatas*, la probabilidad de que hubiera por final y remate de la historia el apretamiento de gaznate, á que han sido condenados otros con menos motivo.

Pero no, no perderemos al *Chato* y demás señores y señoras procesados. El *Chato* va á presidio por treinta y seis años, y muy contento, según dijo él mismo con una sinceridad digna de loa; su cuñado, el Sr. *D. Crisanto*, será mantenido por el Estado, sin tener que pagar el pupilage veintiséis años; las *Chatas* *María* y *Francisca* estarán diez y seis años á la sombra, y nada más que tres la *Concha*, una inocente cordera. Estas damas, cuando supieron su destino, lo primero que hicieron fué calcular á qué edad, respectivamente, saldrían del establecimiento penitenciario.

—Tú saldrás á los cuarenta y seis.

—Pues yo á los cuarenta y tres.

—Y yo á los tres años justos, y no faltará quien me quiera.

Y el *Chato*, sin poder disimular la alegría que le causaba el porvenir de treinta y seis años de presidio, porque, al fin y al cabo, mejor es para un cobarde infame, como ese joven, estar treinta y seis años en presidio, que un minuto agarrotado á un palo.

Crisanto, hombre sesudo y reflexivo, no hizo extremos de alegría, porque se conoce que le gusta guardar las formas, pero también se dió por satisfecho.

¿Qué prueba más evidente de.... la inocencia de esta familia que su conformidad y satisfacción ante el presidio?....

Al *Chato* no le dió la pataleta cuando oyó lo de los treinta y seis años. Porque no se dijera que no tenía formalidad no se puso á bailar. Y lo mismo hubieran hecho sus hermanas, que son aficionadas al baile y á la bromita, si no las hubiera detenido la consideración de que los dignos jurados las tuvieran por gente de poco más ó menos. Y eso sí que no, que ellas son mujeres de circunstancias, y muy miradas, y con *muchísima* vergüenza.

Siento no haber estado en El Escorial cuando el Presidente del Jurado, un apreciable labrador de Robledo de Chavela, leyó las respuestas á las preguntas del Tribunal, y luego cuando se hizo pública la sentencia. Habrá sido un espectáculo consolador ver á aquella familia tan interesante mirar amorosamente á sus jueces de hecho, los señores jurados, y á los periodistas y al público, sin querer disimular su contento por resultado tan satisfactorio.

Parece que al salir los reos hubo algunos murmullos. Sería la que murmuraba gente discolá, mal intencionada y hasta ordinaria; porque ¿quién no se alegra de saber que el *Chato*, las *Chatas*, y el concienzudo *Crisanto*, pueden dentro de treinta y seis, de diez y seis, de tres y de veintiséis años, respectivamente, volver á El Escorial, á su modesto hogar?.... Y bien puede ser que vuelvan antes del plazo señalado á cada uno, porque puede haber indulto; ¡apenas hay indultos, en gracia de Dios! Y en ese caso aun podrá hacer alguna otra de las suyas el *Chato*, que bien instruido volverá del penal.

Ahora lo que es preciso es que en el presidio le cuiden bien, á ver si se le quitan esos accidentes que le dan. Es una lástima que un muchacho tan.... gracioso tenga la pejiquera de esa enfermedad.

Nada, nada; hay que cuidarle, mantenerle bien, nutrirle y no molestarle. No vaya el chico á desgraciarse en presidio.

Y mientras esta apreciable familiota desaparece de El Escorial temporalmente, hasta que *haiga* indulto, como dirá el *Chato*, alabemos al saladisimo Jurado, y vayamos tomando apuntes para la historia de esta institución en España.

CARLOS FRONTAURA.

LOS PRIMEROS ISIDROS QUE FUERON A LA PRADERA



Fueron solos.



Se aburrieron solos.



Se durmieron solos.



Y murieron solos.



ANAGRAMA, POR A. NOVEJARQUE

ENTRE TROPA

A D. Blas Tuipeu Juní
EN
ZARAGOZA

El coronel Zapalongo
exigió de su escuadrón
el que usasen el jabón
de los PRINCIPES DEL CONGO.
Jabonería Victor Vajssier, place de
l'Opera, 4, Paris.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN A LA GRAN VÍA
EN TODA ESPAÑA

Trimestre 2 ptas.—Semestre 4.—Año 8
Ultramar y Extranjero: Año 15 francos oro.

Formar con estas letras los nombres y apellidos de dos conocidos escritores, colaboradores de esta Revista.

PREGUNTAS GEOGRÁFICAS
POR A. NOVEJARQUE

ANATÓMICO

POR A. NOVEJARQUE



Sustituir los puntos y las estrellas por letras, de modo que en cada línea horizontal se lea el nombre de un hueso del cuerpo humano, y en la vertical de estrellas el de un músculo.

INCÓGNITA

POR A. NOVEJARQUE

Con ciento, y un nombre de mujer, formar una población de España.

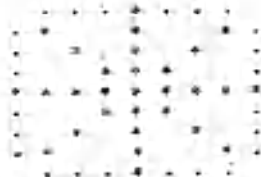
MOSAICO, POR A. NOVEJARQUE

A A A A A A
C C
E E
G N
N T
T T

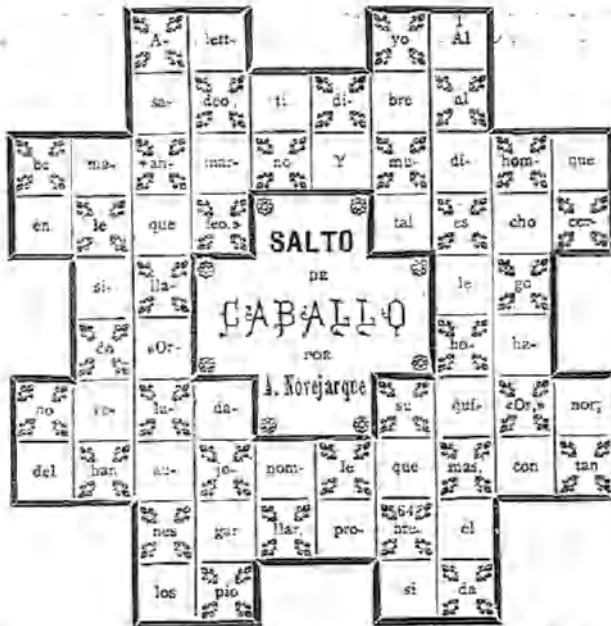
Combinar estas quince letras de modo que horizontal y verticalmente se lea:

- 1.º Animal.
- 2.º Piedra.
- 3.º Tiempo de un verbo.
- 4.º Bebida.
- 5.º Vocal.

COMBINACIÓN, POR A. NOVEJARQUE



Sustituir las estrellas y los puntos por letras, de modo que en líneas diagonales, horizontales y verticales de estrellas, se lean capitales de España, y en las horizontales y verticales de puntos, nombres de mujer.



Empieza en la casilla número 1 y termina en la 64.

I.

¿Cuál es la capital que sustituyéndole una letra por otra resulta otra capital?

II.

¿Y cuál es la población que, haciendo lo mismo que la anterior, resulta otra población?

III.

¿Y cuál es la capital que, haciendo lo mismo, resulta un pueblo?

SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚM. 46

A LA FOLIGRAFÍA: Margarita, Celestina, Rosa.

AL JUEGO DE LETRAS: Cabra, Barca, Cavar.

AL PENTÁGRAMA: Rafael, Ladislao, Dolores.

A LA CHARADA EN PROSA: Rosario.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
QUE SE NOS REMITAN

DR. BALAGUER, PRECIADOS, 25

INSTITUTO DE VACUNACIÓN DE TERREBA

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyras»